

TREINTA AÑOS DE POESIA EN CONCEPCION

Selección de:

JAIME GIORDANO Y LUIS ANTONIO FAÚNDEZ

PRESENTACION

HABLAR de Concepción implica hablar de muchas cosas previas. Los pantanos sobre los cuales fue edificada la ciudad; las lagunas de los Negros, Lo Méndez, Redonda, Tres Pascualas, etc.; los dos ríos, Andalién y Bío Bío, que nos abrazan; el mar vecino. Signo del agua. A través del derrotero que sigue el Bío Bío hacia el mar, se filtran los vientos del Sur; desde el mar nos llega la lluvia con el viento del Norte. Signo del aire. En la encrucijada de ambos signos, en la encrucijada del viejo Chile y la más antigua Araucanía, se yergue esta ciudad que pudo tener mejor asiento.

Ante los maremotos que la azotaban en el vecino puerto de Penco, los primeros moradores debieron elegir entre permanecer allí sujetos al inminente peligro o llevarla a la abrigada bahía de Dichato. Triunfó sin embargo la proposición de establecerla sobre los pantanos y dunas de La Mocha. Un ocasional visitante del siglo XVIII, Víctor Carvallo Goyeneche, en su *Descripción histórica y geográfica del Reino de Chile*, observa: "En este valle tiene la ciudad su planta delineada Sureste y Suroeste, y por eso batida de todos los vientos generales. Para el Norte no hay edificio alguno resguardado, y el Sur, que entra encañado por la caja que le forman al Bío Bío los montes de Hualqui y de Palco, sopla reciamente en primavera y verano por toda la población, levantando torbellinos de polvo, arena y chinillas que con toda propiedad puede decir cualquiera de sus moradores que no se ve de polvo (...). Las calles son derechas y tiradas de Sureste a Noreste, defecto que, aunque pernicioso, se hizo de intento para que diesen vista al Bío Bío".

Viajando desde Santiago a Concepción por el camino carretero que cruza los cerros desde Bulnes, es común ver desaparecer el sol detrás de las nubes mientras el vehículo se aproxima a las afueras de la ciudad. El santiaguino que viene a Concepción termina por dejarse atrapar por el monstruo de la humedad y el monstruo de la sombra. Sobreviene el desencanto, la pérdida de energías, la vacilación de las más sólidas decisiones, la abulia junto a una taza de café o una botella de vino. Concepción ha sido hasta ahora una ciudad de paso. Abundan los "forasteros" atraídos por el canto de las sirenas

universitarias, y su hobby desesperado es la lectura asidua de los diarios de Santiago. Otros que ya conocen la capital, no desean volver a ella y sueñan con paraísos más lejanos. Otros ya no sueñan.

Comúnmente, para los turistas, incluso los turistas escritores, Concepción (llamada originariamente Purísima de la Concepción) es la ciudad del difunto Metropol, del Castillo, de la Sociedad de Empleados, del Vómito. Tres novelistas nos han mostrado a Concepción, y lo único auténtico que han podido atrapar en su noche. *Los túneles morados* de Daniel Belmar, la orgía estudiantil antes de un examen en Erich Rosenrauch, la picardía noctívaga en Manuel San Martín (el temucano que pasó algunos años grises en Concepción antes de huir a Santiago).

Para el penquista, Concepción es un nombre que suena raro a sus oídos. Ciudad olvidada de sí misma, de su paisaje, de sus ríos, de sus cerros. ¡Qué ridículo resulta hablar de Concepción en Concepción! Tenemos muy adentrado en nuestra alma un universalismo abstracto, formalista, que delata nuestro arribismo y servilismo cultural, y cuyo mejor exponente es el poeta Félix Armando Núñez que no incluimos en esta selección. Valoriza los tilos desde un punto de vista ético y el Pittosporum en cuanto pudiera servir de fondo a una madona de Leonardo da Vinci.

Los frecuentes terremotos han convertido a Concepción en una ciudad sin aristocracia (si alguna vez la ha habido), sin gran burguesía. Quienes cuentan con los medios para irse a Santiago y con alguien de confianza que pueda ocuparse de sus rentas, no vacilan mucho en hacerlo. Hay por acá un apreciable desarrollo industrial y comercial. Sin embargo, un alto porcentaje de las ganancias se invierten o se disfrutan en la capital, si no más lejos. Naturalmente, mientras de mayor dinero se dispone, se puede aspirar a un burdel más caro. Aquí quedan los que viven de sus ocho o más horas de trabajo: casi todos los habitantes de Concepción son empleados y obreros. Tal vez no haya en Chile una ciudad de composición más débil desde el punto de vista económico. El costo de la vida es el más alto del país. La educación, los Bancos, el alto comercio distribuidor, la burocracia están llenos de seres que obedecen. ¿Obedecen a quién o a qué? ¿Designios de algún oráculo escondido entre los repliegues de la capital? ¿Será, en fin, nuestro problema el ávido centralismo? Si bien es éste efectivamente un problema, no es el fundamental. Quizás el oráculo no esté en Santiago ni sea en la Casa de la Moneda donde se resuelvan los destinos de la nación. La libertad del hombre en Concepción consiste en elegir su especial forma de sometimiento, pero incluso esta libertad la delega al azar, a la oportunidad. Y la sumisión no implica un cauce donde las energías humanas se ordenen en el sentido de alguna plenitud. La sumisión implica, por el contrario, abandono, entrega de las más subjetivas decisiones, renuncia a los sueños, venta barata de las energías físicas y mentales, humillación del alma.

Nuestro espíritu es como nuestro viento. Pero no es el que St. John-Perse nos describe en sus praderas eternas. Es el viento destructor. El viento que no permite que en la ciudad haya buenos árboles frutales, que des-

truye las flores, azota las ventanas y derriba los muros. Es el viento que nos hace cerrar los ojos.

Los desfiles se llenan de gritos y proclamas cuando vienen los mineros de Lota o Coronel. Un puñado de policías, un guanaco y algunas bombas lacrimógenas resultan suficientes para el resto. El único ruido en las calles es una compacta amalgama de música "popular" y motores. Cada casa tiene una monstruosa radio vociferante que apaga el pensamiento y vulgariza el sueño. Los lugares de recreo para el público están concentrados en lugares infectos. Por último, bajo ese peso abrumador, sólo es posible aquella "evasión cotidiana" que canta Arturo Troncoso.

Concepción sin líderes, sin dirigentes de ninguna especie, sobreviviendo por su sueldo o su salario. Sin la mayor parte de los elementos que constituyen una vida espiritualmente plena, Concepción es una gran ciudad que fuma, bebe y duerme no para soñar sino precisamente para no soñar. Subiendo el cerro Chepe (a través de poblaciones callampas), se ven los infinitos rieles de las estaciones, la oscura miseria de la Costanera, hundidos en un pozo de humo negro. Concepción, desde allá, parece una inmensa fosa común donde los muertos yacen enterrados bajo el cemento y el barro.

No obstante los esfuerzos de la Municipalidad por el mejoramiento del Parque Ecuador, el cerro Caracol y la Plaza; no obstante el esfuerzo de la Universidad por el embellecimiento del Barrio, lo más hermoso, plácido espiritual e inquietante entre lo creado por el hombre en Concepción es su Cementerio.



Hay un Concepción que no conocemos: una ciudad antigua, enredada en gruesos muros oscuros, casas de dos pisos cuando más, ventanas y balcones de reja, doce cuadras de largo y diez de ancho. Limita con el Caracol y las lagunas todavía no desecadas. Es la ciudad de ARTURO TRONCOSO, unida en metafísico connubio con Talcahuano, la ciudad de MARÍA ROSA GONZÁLEZ. Poderosos antepasados, de más obras inédita que publicada, terminaron su silencioso y retraído reinado con el terremoto del 39. Troncoso falleció en la catástrofe y María Rosa González no volvió nunca más.

La ciudad-provincia siguió siendo una ciudad-campamento. La Laguna de Las Tres Pascualas, después de la leyenda, fue utilizada para paseos y deportes acuáticos y, por último, para ocultar los desperdicios de aquel terremoto. En el fondo de ella, en la ribera del Bío Bío, en el hueco de lo que fueron las lagunas de Los Negros, en los interminables pantanos semi-desecados entre la ciudad y el mar, yace la provincia antigua. Desaparecieron el gran teatro Rialto, tradicionales edificios del centro, la Catedral; desaparecieron las avenidas y los parques ocupados por pabellones de emergencia. 1939: fin de una ciudad, principio de una nueva. La última "aristocracia"

(La guerra mundial europea. Las revoluciones. El desamparo. Inusitados nuestra peste.

(La guerra mundial europea. Las revoluciones. El desamparo. Inusitados problemas para el naciente gobierno del Frente Popular). En vez de mejorar Concepción, tuvieron que reconstruirlo. La Universidad, sin embargo, creada milagrosamente por el esfuerzo de nuestros vecinos (Su Gran Obra), va creciendo sin identificarse afortunadamente con la destrucción. Escuelas, departamentos, cátedras nuevas. Recibe toda la savia del Sur de Chile y algo también del Norte. Llegan los maestros contratados para sembrar. Vuelven algunos de los que se habían ido. Todo se trae desde fuera. El mundo entero nos ayuda en nuestra reconstrucción tanto física como espiritual. La Universidad todavía da muy poco a Chile, porque lo está dando todo a sí misma, a su propia existencia. La extensión cultural fracasa, excepto en la creación de algunas instituciones artísticas y en las Escuelas de Verano, sencillamente porque debe fracasar. Porque antes de enseñar cultura hay que aprenderla.

La generación posterior al terremoto del 39 fue la generación de los discos 78, del tango, del tranvía, y en poesía el eco más o menos húmedo y tímido del surrealismo y la Mandrágora. Concepción todavía no despertaba, aún sobredormía las últimas horas de la noche, musitando palabras entre sueños. Los tentáculos fertilizantes, ofrecedores de semillas, venidos desde el corazón del mundo, llamaban a la puerta. El cine hollywoodense empezaba a ser reemplazado por el italiano y el francés. Nos visitaron. Aco-gíamos a los que venían huyendo del Sur y a los exiliados de la cultura. Ninguno de los poetas de este momento han nacido en Concepción: ALDO TORRES y TEÓFILO CID, son de Cautín; GONZALO ROJAS, de Arauco. Torres crea una especie de "Altazor" provinciano en su "Corbán", imagen de la libertad del pájaro sobre los bosques, y en su último libro *Otoño encuadernado* describe el itinerario aldeano de las lluvias en poemas que no siempre reducen el "otoño" a tópico literario. TEÓFILO CID fue nuestro poeta maldito que en Santiago siguió viviendo en el desamparo. GONZALO ROJAS es el poeta de todas las provincias chilenas en antinomia agresiva respecto de la capital. Le ha dado una virulencia y un veneno de mandrágora al espíritu de la llamada generación chilena del 50 de la cual es evidentemente uno de sus maestros. Su amor a nuestro mundo penquista se da en la forma del odio y en el drama del silencio y la postergación. Es la figura lírica de nivel nacional predestinada "a los peñascos sucios de Orompello en castigo".

Hacia el año 1960 ya hay algunos cambios, se ha empezado a manifestar débil, transitoriamente una generación nueva. Pero el mismo problema: se van a Santiago, y ya no regresan; puede que la gran urbe todavía los devuelva. Carmen Echeverría, Jorge Vera, Oscar Vega y otros. Están también los que debieron entregarse a una tarea práctica absorbente que todavía no acaban de cumplir. Y los que simplemente renunciaron.

El Teatro Universitario avanza hacia su madurez. Surgen al amparo de la Universidad diversos grupos artísticos. En 1962 se inaugura la Sala Van-

guardia (de breve existencia) en el sótano del edificio semiabandonado de la Municipalidad. A fines de ese año, muere en ridículo accidente automovilístico José Chesta, nuestro dramaturgo. La Universidad ya había iniciado una enérgica cruzada de estímulo con los Encuentros de Escritores que dirigió Gonzalo Rojas. Otra obra universitaria, Los Talleres de Escritores, estimularon de preferencia a las juventudes santiaguinas, especialmente a los ya consagrados. Su impacto sobre los jóvenes penquistas fue más bien indirecto y lateral: algunos aprovecharon las escapadas sabatinas de los santiaguinos para entablar amistad nocturna con ellos.

Cuando sobrevino el terremoto del 60, se apagaron las voces del 39, pero surgió la de los que habían nacido en la catástrofe y no la temieron. El sismo afectó principalmente el mundo del sueño y de la evasión. Los nuevos artistas, sacudidos y vapuleados, debieron ser valientes; a algunos el terremoto los retrayó meses y meses al domicilio de sus padres; pero después de un año de estarse moviendo de continuo la tierra, los hombres tenían que despertar. La generación del terremoto del 60, después del brutal triunfo sobre la naturaleza, descubrió asombrada que había adquirido ya experiencia en materia de destrucciones.

Hay un grupo de mayor edad que empezara a escribir y publicar aproximadamente desde 1950. Coinciden en su libre dependencia respecto de las fuentes cristianas de inspiración. Ultimamente se han agrupado bajo el alero de la Fundación de Cultura de Concepción, por iniciativa de Rosa Cruchaga de Walker. VÍCTOR SOLAR y GASTÓN VON DEM BUSSCHE empiezan a publicar casi a un mismo tiempo, allá por los años 1952 o 1953. La lírica penquista en la voz de Solar empieza a contarnos las cosas desde el principio, en un afán de resumir edades. Tenía la experiencia del caos y estaba viviendo la necesidad de los renacimientos. Bíblica y pagana, individualista e inconmensurable. Su Diálogo es el Diálogo de la muerte, pero también el del Regreso, terminando en una actitud auroral, de resurgimiento:

*Volvamos ya a la vida.
Qué importa que ahora tengas
palidez que no tienes...*

La poesía de von dem Bussche parte de la búsqueda de algo esencial fuera de sí. El mundo objetivo es esta vez un infinito sueño que el poeta recibe. Ha definido su quehacer como "acto de amor" y, en otra ocasión, como desesperado "intento de asir lo pleno". De ahí que la aprehensión de nuestro mundo es la aprehensión de su pureza, y entonces es posible su simpatía, su amor y, sobre todo, su caridad y admiración complementarias.

LUIS MUÑOZ y ALFREDO LEFEBVRE son los otros dos poetas penquistas que han intervenido en los recitales de la Fundación. Lefebvre, desde "La infalibilidad del poeta", era conocido como ensayista, crítico, profesor. Diversas circunstancias lo han llevado a la poesía. Ha escrito, desde fines del año pasado una serie de poemas bajo el título común de *Escritura*. La lírica de

Muñoz es el canto puro del despertar, en una aurora en que el mundo nos deslumbra y enceguece, donde el sol y el mar se enfrentan a nosotros bajo un primer sentido enigmático, pero en la sugerencia de un cosmos abundante. En la simpatía del deslumbramiento, que a veces se convierte en adoración, se da una sabiduría poética primitiva, que extiende sus palabras, sus versos, sus estrofas en una súplica iluminada y segura de la Gracia sobrenatural:

*No era en sueños,
despertaba súbitamente
llamado desde lejos...
Miré el hueco de la puerta
buscando la voz amiga
tan llena y tan tierna
y no había otra sombra
que la pálida luz de las estrellas...*

Después del terremoto del 60 ha surgido una nueva comunidad de poetas unidos por una diferente concepción del realismo. Un realismo en que lo objetivo no implica la capitulación de lo subjetivo, sino más bien la búsqueda de una honda identidad y una concreta síntesis. Con los anteriores hay también una clara separación respecto de su formación, además del factor edad. En la selección hemos incluido a RAMÓN RIQUELME, JAIME GIORDANO, JAIME CONCHA, LUIS ANTONIO FAÚNDEZ y BERTA QUIERO.

Riquelme se autodefine en los siguientes versos:

*Uno es
una isla
cerrada
que abre sus párpados
cuando
nos visitan.*

El verso corto, preciso, contradictorio, desconcertante de Riquelme, recorre los sueños donde la realidad se deforma en un gesto trágico, y las "calles circulares" donde se lo podía ver (antes de su traslado paulatino a Santiago, siempre por plazos breves y con urgentes necesidades de retorno) todos los días, en dirección hacia la plaza y hacia sus innumerables amigos. Las cosas se le presentan como un precioso don que el espíritu recibe alborozado, su único sustento. Pero otras veces los objetos son la "exigencia", los sueños que terminan, la exterioridad agónica y lancinante. En "Los oficios", el mundo es cruel, es el mundo que lo ha castigado y sometido. El hombre enajenado, engañado, espera a veces un advenimiento que en la poesía de Riquelme es siempre fantástico e increíble, casi irónico. Otras, reconoce los obstáculos con que el propio hombre lo entorpece, como aque-

lla "acumulación de papeles" en las escaleras de la Oficina de Impuestos Internos:

*Los papeles
bajan la escalera
como arañas
depositadas
en el ojo...*

Luis Antonio Faúndez ha contrapesado sus estudios de filosofía con un inmediato contacto con el hombre del pueblo y la naturaleza virgen que gusta de recorrer. Su poesía se orienta, en primera instancia, hacia una indagación intuitiva del mundo objetivo. Poesía escrita en situación de espera, el oído atento. En el desarrollo de su producción, es posible observar una progresiva emancipación respecto del intelecto hacia la pura y clara sensibilidad de sus últimos poemas.

Jaime Concha entiende su poesía como el intento de atrapar en la experiencia humana las voces elementales, "fundamentales" de la naturaleza. La escala de su experiencia recorre la magnificencia de una audición de Bach o la sencilla intuición de la ausencia fundamental en aquel poema, incluido en esta selección, titulado "Llega lenta la ternura..."

Berta Quiero aporta a la poesía su sentimiento femenino, expresado en un hondo sentido de la familia como tradición que pierde y reencuentra dolorida. Hondo sentido, también, del dolor que rara vez es autocompasión, sino dolor objetivado, dolor de mundo como en "No bastará el silencio..." Desde un sencillo lamentar, con voz de súplica, la disolución de los vínculos infantiles y adolescentes y la muerte de su esposo (José Chesta), la voz de Berta Quiero se enciende en común dolor.

Las voces más jóvenes se han hecho oír dentro del conglomerado "cosmopolita" del estudiantado universitario. Los más destacados son Jaime Quezada, miembro del dinámico Grupo Arúspice, y Sofía Cáceres cuyos recitales públicos han tenido bastante éxito. Quezada acaba de publicar un volumen de sus poemas, *Poemas de las cosas olvidadas*. El maestrazgo de Jorge Teillier, evidente a través de nuestras provincias sureñas, se advierte en él, aún cuando al dolor de lo perdido se agrega ahora una profunda valoración del presente, que todavía no ha sido teñido por la nostalgia del pasado, y ello a pesar del título de su volumen. Incluimos en esta selección la segunda parte de su libro que lleva como título global "Mientras la luz del día se retira".

La voz del más sorprendente deslumbramiento, a nivel de mitología y rito pagano, es Sofía Cáceres. Sofía, con rostro iluminado de sacerdotisa, canta al fuego, a la piedra, a los vientos; convierte los cementerios en sagrado recinto de adoración. Es ella uno de los fenómenos más interesantes dentro de nuestra joven comunidad penquista. Santiaguina, hay que recibirla como un homenaje de la capital a la provincia.



Esta selección cuenta con dos apéndices. El primero está dedicado a los poetas de Tomé, para lo cual hemos recibido la eficaz colaboración de Eugenio García. El segundo está destinado a presentar a los poetas que obtuvieron, en empate, el Primer Premio en un Concurso organizado el año pasado por el Centro de Estudiantes de la Escuela de Educación para poetas de la zona. Son ellos Juan Gabriel Araya y Raúl Barrientos. Le damos también cabida a Ramón Navarrete, vecindado en Mulchén, poeta que nos parece de interés tenga una primera oportunidad de darse a conocer. También han llegado a nuestras manos algunas composiciones de un joven poeta de Talcahuano, Manuel Ramírez, gracias a una gentileza de Daniel Belmar, y hemos creído útil presentarlo entre nosotros con algún poema.

Agradecemos también la colaboración de Gonzalo Rojas quien nos allanó obstáculos en las dos primeras partes de la selección, y a Wlady Troncoso que nos permitió hurgar en los archivos privados de su padre.